

## EPIFANIO MEJIA Y SU OBRA

Discurso en la velada con que el colegio de San Ignacio de Medellín celebró el centenario del nacimiento del poeta, el 10 de abril de 1938.

Por el P. FÉLIX RESTREPO, S. J.

### I

Hace precisamente un siglo, el 10 de abril de 1838, debieron sentir maternal conmoción las entrañas de Antioquia, porque en una limpia cuna, entre el mugir de las vacas y el arrullo de las tórtolas, hacía su entrada en el mundo un niño que estaba predestinado a ser el más cariñoso de sus hijos y el más tierno de sus vates.

Su nombre no le fue puesto al acaso, sino con instinto profético. Epifanio significa en la lengua de Homero "ilustre", o según otra interpretación, "el vidente, el vate", el que nos trae la revelación, así como revelación se dice "epifanía".

En nombre de la Antioquia grande amamantó a sus pechos al recién nacido y lo condujo paso a paso hasta el umbral de la mayor edad una de esas mujeres de la montaña, admirable como la mujer fuerte de la Biblia, llena de ternura y de bondad, pero firme y resuelta, laboriosa, infatigable, de claro talento, y que por rara coincidencia llevaba y legó a su hijo el apellido Quijano, el mismo de aquel sublime loco, de aquel glorioso caballero de la triste figura, personificación de los heroísmos y de los dolores de Castilla.

Ya muchacho sano y vigoroso, se saturó Epifanio de toda la poesía que circula por nuestra tierra encantadora: las montañas azules que se pierden en lontananza señalando la ruta del más allá y el camino hacia lo desconocido; la mañana dorada y la tarde melancólica; el día esplendoroso y lleno de rumores y la noche cargada de silencios y cuajada de estrellas; las soleadas vegas del rumoroso río; la selva, silenciosa unas veces y otras agitada por terribles huracanes; el predio familiar donde se escucha el arrullo de la tórtola, el susurrar de las abejas y el triste bramar del novillo que cae herido por vigorosa mano; y en ese fondo palpitante de belleza, la vida humilde del hijo del trabajo, del minero a quien "cantando al pie del barranco" sorprenden las tinieblas de la noche, del campesino que baña la tierra con el sudor de su frente, del arriero que entona sus alegres coplas para animar sus mulas cuesta arriba hacia la casita de la loma, centro de todo ese mundo de poesía, y foco a su vez de perenne inspira-

ción. Es el hogar del poeta: hogar antioqueño donde todavía perduran las virtudes de los patriarcas de la tierra prometida; hogar castizo donde el corazón se vincula hondamente a los padres y hermanos, y se difunde en vibraciones de amor fraternal por el contorno de la tierra que nos ha acogido en su seno, y en ondas cada vez más amplias, como las que forman al ser heridas las aguas de un tranquilo lago, por todos los ámbitos del mundo; hogar espiritual donde el niño aprende que, además del padre visible que nos acaricia y nos dirige, tenemos otro padre en los cielos que nos ama y nos espera, y al cual, con la más amplia y la más vigorosa elación del espíritu, invocamos cada día con la palabra que nos enseñó el Maestro y que encierra el más poderoso y noble sentimiento de humana solidaridad: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

Muy joven perdió a su padre, y como era el mayor de siete hermanos, tuvo que dejar en Yarumal sus campos queridos y su hogar deshecho y trasladarse a Medellín a ganar el pan para todos.

Batió las alas y cruzó el espacio...

Buscó alimento en los lejanos riscos.

Así el dolor acompañó al poeta desde sus primeros pasos en el mundo, pero lejos de abatirle lo hizo más fuerte y lo abrigó más, como el fuego al oro en el crisol.

Penetrado de poesía y sintiendo en su alma bullir una fuente de sagrada inspiración, empezó a cantar, apenas salido de la adolescencia, con la naturalidad y maestría con que cantan en la tarde melancólica y en la alegre mañana la mirla y el turpial.

No tuvo Epifanio formación intelectual ninguna. Aprendió a leer y escribir en una escuela primaria, en una de esas escuelas antiguas de las cuales dicen los modernos pedagogos que no le han servido a Colombia para nada. Sus lecturas fueron muy limitadas: la *Historia sagrada*, los *Héroes del cristianismo*, la vida de su próximo pariente don Quijote, y unos pocos libros más de literatura española.

Pero ¿para qué necesitaba lectura el que sacaba vida e inspiración permanente de las propias entrañas de la naturaleza y de las fecundas profundidades de su privilegiado espíritu?

La inspiración suplió en él, por modo admirable, el difícil aprendizaje de las reglas del arte. En sus manos era la lengua blanda cera. Nunca usó cincelos ni martillos para repujar y pulir estrofas magistrales: el romance, la seguidilla, los moldes más ordinarios le sirvieron a maravilla para sus creaciones. Límpido arroyuelo que corre sin ruido entre el musgo de verde pradera es su canto, aunque de vez en cuando se desata en cascadas de entusiasmo o se estrella furibundo contra las rocas de la tiranía.

Deshecho su primer hogar por la muerte de su padre, encontró segundo techo y segundo padre en la casa de su tío Fortis Mejía, *papá Fortis*, como le decíamos sus nietos, montañés vigoroso en quien el nombre tuvo también carácter profético, tronco de una de esas familias patriarcales que perpetúan en Antioquia las virtudes de la

edad de oro. Enrique Mejía, prototipo del caballero cristiano y animador de toda empresa de caridad y de cultura; la madre Ana de las Mercedes, que en las más distantes regiones de Colombia ha dejado impresa la luminosa estela de su abnegación y su dulzura; Natalia, cuyo nacimiento cantó el poeta en las inolvidables estrofas de *El lorito de mi selva*, y el padre Manuel, todo prudencia y bondad, a quien su tierra acaba de festejar por haber cumplido cincuenta años de vida religiosa, fueron, para no citar más que los vivos, los nuevos hermanos de Epifanio.

Dedicado al comercio unas veces, y otras a las faenas del campo, pasó modesto y sencillo los años de su juventud. Nunca salió de sus montañas. Yarumal y Medellín encierran toda la historia de su vida.

No se había extinguido aún del todo en el alma del poeta el crepúsculo de su hogar deshecho, y ya lo alegraban la aurora de uno nuevo y las sonrisas de su esposa y de sus hijos.

*Crepúsculos y auroras* fue el bello título que puso Epifanio a un poemita en el que da las gracias a Jesús María Mejía por ciertos versos que le había dedicado en esos días de tristeza y de contento:

Junto a la humilde tumba de mi padre,  
triste plegaria levantaste un día;  
con alegres canciones arrullaste  
la blanca cuna de mi dulce Emilia.

.....

Se alza el alba en las sombras de la noche,  
entre sombras y luz va nuestra vida;  
tras el sepulcro de mi padre alzose  
la blanca cuna de mi dulce Emilia.

Canta triste, turpial; el sol se oculta...  
Canta alegre, turpial; asoma el día...  
Cantor de los sepulcros y las cunas,  
Dios te pague las notas de tu lira.

Es tan feliz el título de esta poesía, y sintetiza tan bien la juventud de Epifanio, que cuando más tarde quiso él reunir sus versos, puso a la colección el mismo título: *Crepúsculos y auroras*, y la encabezó con este prólogo, que talvez en la plenitud de sus ideas es el más conciso de la literatura universal:

He tenido horas tristes  
y placenteras horas;  
por eso son mis versos  
crepúsculos y auroras.

Dieciocho años no más vivió Epifanio con su esposa, y en ellos el robusto tronco de ese hogar antioqueño se adornó con no menos de doce renuevos. Dos de sus hijas prolongan aún entre nosotros la presencia de Epifanio: Emilia, la primogénita, la que inspiró al vate

tantas íntimas canciones, y Margarita, que junto con su hermana Rafaela educaron en Oriente varias generaciones de niños antioqueños, conforme a las tradiciones de su cristiano y culto hogar. Largo hubiera podido ser el día de la felicidad para Epifanio, pero no fue así. No alcanzó el sol a llegar a su cenit. Antes que las sombras de la tumba en el ocaso de la vida, lo oscurecieron en lo más alto de su curso las sombras más terribles aún de la locura.

Así acabó hacia 1878 la corta vida del poeta; lo demás fue un largo y melancólico crepúsculo de más de treinta años que pasó recluido en una celda de nuestro manicomio. Pero su misma locura, fuera de algunos contados accesos de extraño frenesí, era apacible y tranquila. Rodaban allí, tras los caritativos muros, los días, los meses y los años, y el poeta se imaginaba vivir en el mejor de los mundos. Persuadíase que había terminado un gran poema, la historia del mundo desde la creación, y decía: "A Yarumal llegarán unas catorce cargas con mis poemas." Otras veces repetía en sentido inverso la hazaña de Colón, y contaba que había descubierto un nuevo continente más allá del viejo mundo, "donde no hay tabaco, ni candela, ni periódicos, y donde vive Zaida, que se viste de las flores del jardín y es como una rosa de Alejandría. Se llama, decía, la tierra de la soledad".

Oyendo contar un día la penuria de su hermano en las musas Jorge Isaacs, dijo a sus interlocutores, Juan de Dios Uribe y Antonio José Restrepo: "¿Conque Isaacs está pobre? Pues díganle de mi parte que voy a recibir ochocientos bultos de mercancía francesa, y que puede tomar de ellas lo que necesite, sin reparo. Lo mismo les digo a ustedes."

Así, aun en su desgracia, era Epifanio todo generosidad y todo corazón. Y así, aun en su locura, pasó tranquilo sus años, mecido por doradas ilusiones y acompañado por los hijos de su fantasía.

Otro favorito de las musas, Juan B. Jaramillo Meza, refiere que preguntándole él en una ocasión, en su celda del manicomio, por el origen de su poema *Amelia*, Epifanio guardó silencio y se quedó mirándolo fijamente con bondadosa expresión en el semblante. Por fin le dijo: "¿Amelia? Sí, aquí está. Vive conmigo, íntimamente. Sólo yo puedo verla. Es invisible para los demás. ¿O acaso la ve usted en este instante aquí a mi lado en este sillón? ¿La ve usted? Mírela bien. ¿Ve usted sus cabellos en rizadas trenzas, sus ojos que me contemplan con dulzura? ¿Ha visto un cuerpo más esbelto? ¿Qué dice usted del traje azul pálido que lleva ceñido?" Diciendo esto se levantó del sillón, alzó las manos a sus sienes, se paseó inquieto por la celda; de pronto clavó la mirada en un punto fijo de la pared, y con un lápiz escribió:

Amelia era sencilla, dulce y buena;  
murió, pero aquí vive, en mi consuelo;  
y dicen que estoy loco... Esa es mi pena.

Mucho se ha hablado del origen de la locura del poeta. Parece lo más cierto que fue una lesión cerebral, resultado de un brusco

cambio de temperatura. Estaba trabajando y sudando a campo raso y a todo sol en "El Cuchillón", cuando lo sorprendió una lluvia repentina. Llegó a la casa con fiebre y agudísimo dolor de cabeza. Un mes más tarde se sumió en una larga y profunda tristeza, síntoma primero de su fatal desequilibrio.

Pero si alguna angustia moral contribuyó a oscurecer su mente, si algún esfuerzo fatigó su cerebro y lo predispuso al espantoso eclipse, su angustia fue la de cómo ganar el pan para sus hijos; su esfuerzo fue la composición de *Amelia*.

Cuenta Juan José Botero que visitando él un día al poeta, poco antes de su desgracia, en la tienda que tenía en la plaza principal de Medellín, le preguntó si tenía algo nuevo escrito.

—¡Cómo no! —contestó Epifanio; estoy metido en una composición de mucho aliento. Afortunadamente hago este trabajo en compañía.

Y pidiéndole el visitante algún recuerdo al despedirse, con cierta agitación nerviosa escribió así "aquel sublime loco en cierne":

#### PARA JUANCHO

No vendo ni un centavo,  
y tengo una familia numerosa;  
pues escribamos versos:  
pueda ser que nos compren esa cosa.

Esto mi musa y yo  
dijimos una tarde aquí en mi tienda;  
y entre los dos estamos  
casi casi acabando una leyenda.

No es extraño pues que la figura de Amelia y las cargas de mercancía ocuparan buen espacio en sus apacibles delirios.

*Crepúsculos y auroras.* Largo fue el crepúsculo de la vida de Epifanio, pero al fin llegó la aurora de otro nuevo día: el día sin ocaso de la verdadera vida. El 31 de julio de 1913 se rompieron los frágiles velos de su carne, desaparecieron las nubes que habían oscurecido su mente poderosa, y el poeta cristiano, después de recibir devotamente y en pleno uso de sus facultades los sacramentos de los moribundos, se encontró cara a cara ante la luz de la verdad infinita, ante esa luz que había perseguido en vano aún en los días de su lucidez, cuando escribía:

Y también esa luz tiene su nombre:  
se llama "la verdad", pero en el suelo,  
como el cocuyo, entre la noche alumbra,  
brilla... se esconde... y va a brillar más lejos.

(Dedicatoria del poema *Antioquia*, inédito.)

Esta vez no fue el cocuyo fugitivo, fue el sol inmutable de la verdad eterna lo que brotó del fondo de las tinieblas en aquel humilde

rincón del manicomio, y trajo hacia sí para inundarlo de felicidad al cristiano espíritu de nuestro desgraciado vate. El mismo había escrito:

La verdadera dicha está en la tumba,  
allí donde termina el padecer;  
cuando el alma abandona la materia  
vuela entre aromas a un dichoso edén.

(*Ecos del alma.*)

La figura terrestre de Epifanio nos ha quedado aprisionada en el lienzo por obra de otro gran artista, también de Yarumal, el maestro Cano.

En su cabeza predomina de tal modo la parte superior, la que contiene el poderoso cerebro, que la inferior, la de la boca y las mandíbulas, casi desaparece. El marco de una barba patriarcal, rubia y sedosa, no alcanza a borrar esta desproporción en que el espíritu lleva la mejor parte. Un ligero cerco de cabellos también rubios, finge una corona alrededor de la frente del poeta. Domina la figura una amplia frente de marfil, serena y sin arrugas. Bajo ella la fina nariz revela al hombre de escogida raza, y los breves labios al cantor de dulces armonías. Y dando vida al conjunto, casi sin la defensa de las cejas, se asoman al exterior los ojos, azules, serenos, candorosos, un tanto melancólicos, donde se retrata esa alma de ternura inefable, esa alma pura y buena que pasó por el lodazal del mundo sin mancharse y volvió a su centro como su hermana, la paloma del arca, a hacer allá su nido para siempre.

Tal fue, en síntesis, la vida exterior de este nuevo Alonso Quijano el Bueno, por otro nombre Epifanio Mejía. Veamos ahora el riquísimo tesoro de arte que en tan modesto vaso está escondido.

## II

Copiosa es y de variadísimos matices la inspiración de Epifanio, pero sus poemas pueden repartirse en estos grupos:

- I — Poemas de la ternura.*
- II — Poemas de la naturaleza.*
- III — Formando grupo aparte: "Amelia".*
- IV — Poemas guerreros.*

Quedan por fuera no pocas composiciones, como sus bellos poemas de historia sagrada, y buen número de composiciones jocosas. Empezando por estas últimas, hay quien cree que Epifanio fue siempre un poeta melancólico; nada más lejos de la verdad. Bien merecería un puesto entre nuestros poetas festivos, si no fuera porque los otros aspectos de su numen superan y eclipsan sus composiciones ligeras.

Pero citemos unas muestras para que descanséis un poco de mi fatigada prosa:

#### A ASSUNTA

Dejaste el suelo de tu dulce Italia  
y tierra de Colón pisaste un día;  
empezaste a cantar, y esa armonía  
de músicas pobló nuestro jardín.  
Muchos dicen aquí que ese tu canto  
es idéntico al canto de un arcángel;  
si cantaras, Assunta, como el ángel,  
no estuvieras cantando en Medellín.

#### ¡OJO!

Piensa el sastre en sus agujas,	el mendigo en su limosna,
piensa el platero en su oro,	el avaro en su tesoro;
el zapatero en sus botas,	Antonio piensa en Mercedes
el carpintero en su torno;	Mercedes piensa en Antonio,
piensa el poeta en sus versos,	y Mosquera sólo piensa
piensa el monarca en su trono,	en arruinarnos a todos.

#### GENEROSIDAD

En una alta prominencia	del anciano en aquel día,
enterró el inca un tesoro,	y fue tanta su alegría
y después en fajas de oro	que, a riesgo de quedar pobre,
lo sacó el viejo Valencia.	le dio una olleta de... cobre
Ensanchóse la conciencia	a nuestra Virgen María.

La perla mejor en este género es la carta a la señora Felicidad Vargas de Mejía, ejemplo del más fino y regocijado humorismo. Es larga, pero citemos siquiera cuatro seguidillas:

De tu casa me traje	las fechas de los meses
tu libro un día,	y de los años,
para escribirte cosas,	y el nombre de... ¡callemos!
cosas muy lindas:	que esto es muy largo...
eran las fechas	y quince hijos,
de todos los chichuelos	y sus nombres... y el nombre
que tú tuvieras.	de los padrinos...
Para escribir los nombres	Todo esto necesita
de tantos niños	grandes cuadernos,
tú me diste un cuaderno	y más que la tonada
muy chiquitico;	sigue siguiendo...
y yo no puedo	El cuadernito
escribir en tan poco	servirá para índice
tantos enredos;	de ese "gran libro".

Pero volvamos, señores, a lo serio. Entre los poemas de la ternura ocupan el primer sitio los del hogar. Epifanio es el poeta del hogar, pero no del hogar refinado, de alfombras mullidas, elegantes muebles y costosos juguetes, que apenas sirve para aislar a los hijos del aire pestilente de las grandes ciudades, sino del hogar campesino, al aire libre, donde se respira a pulmón lleno el aire benéfico de las montañas, donde el mullido césped es la alfombra, y aves, insectos y flores los juguetes.

## LAS HOJAS DE MI SELVA

Las hojas de mi selva  
son amarillas  
y verdes y rosadas.  
¡Qué hojas tan lindas!  
Querida esposa,  
¿quieres que te haga un lecho  
de aquellas hojas?

De bejucos y musgos  
y batatillas  
formaremos la cuna  
de nuestra Emilia;  
cunita humilde;  
remecida a dos manos  
al aire libre.

De palmera en palmera  
las mirlas cantan,  
los arroyos murmuran  
entre las gramas.  
¡Dulce hija mía!  
duerme siempre al concierto  
de aguas y mirlas.

Gallinetas reales  
de canto dulce  
guardan en la hojarasca  
huevos azules,  
perlas del bosque  
que lleva a los altares  
la gente pobre.

Los altivos monarcas  
en sus palacios  
con diamantes adornan  
los mismos cuadros.  
Hija, ¡sé libre!  
Busca siempre la choza  
del hombre humilde.

En mi selva penetran  
de sol los rayos,  
mariposas azules  
pasan volando;  
sobre sus alas  
brilla el blanco rocío  
de la mañana.

Sietecueros, uvitos  
y amarrabollos  
de botones y flores  
visten sus copos;  
de ramo en ramo  
los cupidos del aire  
vuelan libando.

Por angostos caminos  
de tierra y hojas  
pasan negras hormigas  
unas tras otras;  
para sus casas  
llevan verdes hojitas  
en sus espaldas.

Sobre campos de flores  
revolotean  
susurrando apacibles  
rubias abejas;  
miel exquisita  
en el hueco de un árbol  
todas fabrican.

Entre dragos y dragos,  
chilcos y chilcos,  
las arañas pasando  
tienden sus hilos,  
fábricas nuevas...  
¡Maquinitas de Europa,  
venid a verlas!



Entre cedros y robles  
de verdes copas  
el yarumo levanta  
las blancas hojas:  
patriarca anciano  
que en trono de esmeraldas  
vive sentado.

Adorno de los campos,  
flores humildes  
que nacéis en mi selva  
solas y libres:  
la noche os riega,  
el sol os ilumina,  
nutre y calienta.

Oasis escondidos  
bajo las palmas  
olorosos jardines  
de mis montañas:  
para mi esposa,  
para mi dulce Emilia  
tejed coronas.

En las frentes altivas  
de las Cleopatras  
resaltan sobre el oro  
las esmeraldas.  
Hija, sé buena;  
busca siempre las flores  
que hay en mi selva.

Este precioso idilio no tiene rival sino en otra composición del mismo Epifanio. Corría el año de 1871, cuando el poeta, que no se acomodaba en Medellín, se trasladó de nuevo con su ya numerosa familia a la finca de *El Caunce* en Yarumal. Sus amigos de la villa le escribían instándole que volviera a su lado. Entonces él coge la pluma y les contesta:

#### A MIS AMIGOS

Parado en mi cabaña  
viendo la tarde,  
con los ojos del alma  
contemplo el valle,  
el valle mío  
donde dejé tan caros,  
tiernos amigos.

Medellín, ¡dulce tierra!  
¡tierra querida!  
¡florero de Colombia!  
¡arca bendita!  
cambié tus pampas  
por los robles crecidos  
de mis montañas.

Te adoro y te recuerdo,  
no soy ingrato;  
pero las patrias selvas  
se adoran tanto...  
Volví a mi Caunce,  
como vuelve a su nido  
pájaro errante.

Aquellos corazones  
que me recuerdan  
en tu tierra bendita,  
¡benditos sean!  
El alma mía  
conserva para todos  
luz encendida.

Medellín no puede estar quejosa, como no pudieron quedar descontentos los amigos a quienes el poeta dedica tan sentidos versos. Pero él tenía que volver al campo; no había nacido para vivir en la ciudad.

Aquí en mis soledades  
vivo contento:  
Anita y mis montañas  
son mi embeleso.

Las hijas mías,  
que crecen a mi lado,  
forman mi dicha.

Serenas son mis tardes  
con arreboles;  
cargadas de silencio  
pasan mis noches;  
y mis mañanas  
bulliciosas y alegres  
llegan a casa.

Mi cariblanco toro  
de cuernos blancos  
cuando asoma en la altura  
baja pitando,  
mientras las vacas  
que buscan a sus hijos,  
por ellos braman.

La negra novillona  
piel de azabache  
a su blanco cachorro  
la frente lame.  
La ordeñadora  
con totuma amarilla  
se acerca sola.

Suenan los blancos chorros  
en la totuma,  
y la espuma creciendo  
va como espuma...  
Mis dulces hijas  
se acercan carialegres  
con totumitas.

La fiel ordeñadora  
les da postreras  
que bogando, bogando,  
se beben ellas  
¡Si son mis hijas!...  
Esta y otras escenas  
forman mi dicha.

¡Amigos... Corazones  
del pecho mío!  
no le pidáis cantares  
al pobre Emilio.  
¿Queréis postreras?  
A mi Caunce, a mi Caunce  
venid por ellas.

Nadie ha cantado jamás con más sentimiento, con más ternura, con más naturalidad, la dicha de un hogar humilde y campesino. Y notemos de paso que ni una nubecilla de melancolía turbaba por esos tiempos, en que Epifanio llegaba a los 33 años, el diáfano horizonte de su vida.

Para hablar de las tristezas de Epifanio, otro aspecto de su profunda ternura, tenemos que remontarnos a los tiempos de su primer hogar, el paternal. Por él debiéramos haber empezado. Sólo que en los años infantiles, como lo notábamos arriba, el niño no escribía sino que asimilaba, y cuando le llegó la hora de escribir, ya no encontró sino las ruinas de su hogar. Es la época de sus mejores elegías:

Se fueron... se ocultaron... se perdieron  
las horas deliciosas de mi infancia.  
Volaron cual la efímera fragancia  
que arrebatada de un soplo el huracán.  
Se fueron esas horas... se perdieron  
cual se pierde la espuma en las ondinias;  
cual se pierden las brisas matutinas  
que se anuncian, que llegan y se van.

*(Hoy cumpla veinte años.)*

Con inmenso dolor e infinita ternura llora el poeta la temprana muerte de su padre:

¡Padre, padre querido!... ¿Qué te has hecho?  
 Desde la noche que te vi en tu lecho  
 no te he vuelto a encontrar... ¿En dónde estás?...  
 ¿Por qué me abandonaste tan temprano?...  
 Tras un adiós y un apretón de mano  
 nos separó a los dos la eternidad.

Yo que era tan dichoso ayer de día...  
 y hoy de esta noche entre la niebla fría  
 ¡tan infeliz... tan infeliz que soy...!  
 Ayer al porvenir seguía cantando,  
 y hoy sin mi padre seguiré llorando  
 por la oscura montaña del dolor.

Sin ayuda, sin rumbo, sin piloto,  
 mi pobre corazón, cual barco roto,  
 se perdió para siempre en el pesar...  
 ¡Ay! ¿Qué seré sin ti, padre querido?...  
 Una paloma huérfana sin nido  
 será mi vida en adelante ya...

Estos lamentos están tomados de la composición inédita *Una noche de luto. A mi padre*. Con el mismo título dedica otra composición, inédita también, a su amiga Bárbara. Merece conocerse toda ella.

Escucha tú también mi pobre acento,  
 tú que me acompañaste en mi tormento,  
 ¡Bárbara!... escucha mi doliente voz:  
 desde la triste fecha de aquel día,  
 yo he padecido tanto, amiga mía,  
 que de pesar me duele el corazón.

¿Lo recuerdas? Ayer... allá en el lecho,  
 yo sostenía a mi padre contra el pecho,  
 tú enjugabas el llanto de los dos...  
 Un instante después, mi padre amado  
 me dijo balbuciendo: "Hijo adorado,  
 cuida de mi familia"... Y expiró...

¡Oh del paterno amor bello compendio!...  
 ¡Algo pasó por mí como un incendio!...  
 ¡Algo como una tempestad pasó!...  
 Como letras grabadas en el bronce,  
 esas últimas frases desde entonces  
 se estamparon aquí en mi corazón.

Los años pasarán como han pasado,  
 y borrarán también como han borrado  
 todas las penas que he sentido yo...  
 Pero nunca esa página enlutada  
 que en el seno de mi alma está grabada  
 con la tinta indeleble del dolor...

Hubo un árbol, amiga, en mi desierto;  
de hojas un día lo miró cubierto,  
y a la noche sin hojas lo encontré...  
Fue que un rayo bajado desde el cielo  
hirió su tronco y dispersó en el suelo  
hojas... y flores... cuanto allí miré.

Esa es la historia de mi padre... Un día  
él con sus hijos y la madre mía  
vivía dichoso, sin sentir dolor...  
Vino la muerte y en su cruda guerra  
hirió su cuerpo... y dispersó en la tierra  
hijos... y esposa... cuanto fue su amor...

Lejos estoy de mi querida madre,  
y lejos del sepulcro de mi padre;  
un huérfano infeliz yo soy aquí.  
Oye, Bárbara, mi última plegaria:  
si fueres a su tumba solitaria  
ruega por él allá... ruega por mí...

Derrama algunas flores en su losa,  
unas flores de adelfa y zarzarrosa,  
y coloca a su lado alguna luz.  
Cuida, Bárbara, siempre de su huesa...  
Quita allí de su tumba la maleza,  
y derrama una lágrima en su cruz...

Fueron aquellos los años lúgubres, los años negros de su vida.  
Todo se presentaba ante sus ojos con los más tristes colores. Su viva  
fantasía y su sensible corazón aumentaban su pena y le arrancaban  
de día y de noche lamentos comparables a los del leproso de Idumea:

¿Por qué me traes tenebrosas noches  
llenas de luto, de terror y espanto?  
Noches que arrancan a mis ojos llanto,  
llanto que rueda en abundante mar.

*(Al tiempo, inédita.)*

En medio de su tristeza, su alma profundamente religiosa sólo  
hallaba consuelo en la oración.

Sigue tu marcha, oh tiempo, aunque las nubes  
broten volcanes de perenne fuego,  
que yo tan sólo el suplicante ruego  
al Dios que me formó sabré elevar.

De la misma época es la siguiente glosa de este cuarteto de Espronceda:

“¡Fatalidad, fatalidad impía!  
Pasa la juventud, la vejez viene,

y nuestro pie que nunca se detiene  
recto camina hacia la tumba fría.”

¡Pasó la luz de mi querida infancia!  
¡Murió mi padre y la esperanza mía!  
¿Todo pasa en el mundo? ¡Todo, todo!  
¡Fatalidad, fatalidad impía!...

El beso de una madre en nuestra cuna  
los sueños infantiles entretiene...  
Mas ¡ay! que al fin nuestra niñez acaba,  
pasa la juventud, la vejez viene...

Cuando gozamos la suprema dicha  
que al corazón en la ilusión mantiene,  
quisiera el hombre detener su marcha.  
¡Y nuestro pie que nunca se detiene!

Es que el destino con su voz de hielo  
“¡pasad, nos dice, a la vejez sombría!”;  
y empuja al mundo, porque el mundo todo  
recto camina hacia la tumba fría...

Tan embargado estaba por el dolor en esa época, que no podía hablar de otra cosa. Quiso escribir una felicitación a un amigo que cumplía veinticinco años, y resultó renovándole también a él la herida de la orfandad, por la cual acaba pidiéndole perdones:

Yo he querido cantar, cantar las horas  
que natura ha brindado a tu existencia;  
si un recuerdo evoqué con inclemencia,  
perdón, perdón, perdón.

(A mi amigo J. N. J.)

Y a una amiga que le pidió algo para su álbum le escribe:

Hoy no le pidas a mi lira un canto,  
que ella empapada está en amargo llanto  
y cubierta de luto y lobreguez.

(En un álbum.)

Cualquiera hubiera podido creer irreparable e incurable la melancolía del poeta. Ya hemos visto cómo seis años después las negras nubes habían desaparecido, y brillaba otra vez en todo su esplendor el sol de la alegría en su sereno cielo. ¿Quién había hecho el milagro?

Al presentar el Señor ante los ojos del primer hombre a la mujer, radiante de candor y de hermosura, dijo Adán estas palabras que han recorrido, sanando heridas con su divina eficacia, toda la historia de la humanidad sobre la tierra: “Por este don de Dios dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y serán dos en un solo corazón.”

Llegamos aquí a la cuerda más delicada de la lira de Epifanio y a la fibra más tierna de su corazón de poeta. La musa de Epifanio

es casta. No conoció más que un amor, el amor de la novia que fue después la esposa. Ni una sola poesía escribió de amor mundano. Ni una sola imagen lúbrica, ni una sola frase picaresca se encuentran en su larga producción. Ni en las mismas poesías consagradas a su amada hay un rastro de sensualidad. Admirable ejemplo y poderoso correctivo para tantos poetastros como arrastran por el cieno de todas las pasiones las alas de su musa.

Pero en cambio es tan puro, tan ardiente, tan sincero, el amor que rebosan las estrofas a su amada, que si no fuera irreverencia podrían compararse al *Cantar de los cantares*.

Oíd una composición inédita. Y no acabo de admirarme de que los coleccionadores de la poesía de Epifanio no hayan reparado en esta piedra preciosa. Si no tuviera yo hoy más mérito que el de sacarla de la oscuridad y prenderla en la corona del poeta, me daría por satisfecho (1):

#### PAGINAS DEL CORAZON

*La historia de otra tarde.*

EN OTRO ALBUM

El título mismo merece un comentario. El nos muestra que ésta es una de sus primeras poesías. En 1863 había publicado *La historia de una tarde*. En un *álbum*, que es la historia de unas religiosas cruelmente arrancadas a su santo retiro por la impiedad triunfante. Junto a esa tragedia de dolor, viene, haciendo brusco contraste, este idilio de amor: *La historia de otra tarde*. En otro *álbum*. A Anita.

Ana Joaquina Ochoa se llamaba la esposa de Epifanio. El la llama Anita, Pepita o Natai.

Vengo, señora, en tu precioso libro  
a derramar mi corazón entero,  
porque es la historia de mi amor primero  
la que pretendo referirte yo.  
Hoja nacida en mi primer ensueño,  
flor cultivada en mi primer ventura,  
pluma de cisne a quien la suerte dura  
de su ala blanca sin piedad quitó.

Tú debieras vivir en mi memoria  
como la niña entre su virgen cuna,  
y no a fiero vaivén de la fortuna  
salir al mundo a perecer talvez.

---

(1) En el cuaderno *Crepúsculos y auroras*, escrito de puño y letra de Epifanio, que lleva la fecha de 1866, se encuentra esta poesía con la siguiente nota: *publicada en "El Bogotano"*; pero como no se halla en las colecciones impresas ni se ha vuelto a reproducir, puede decirse que es desconocida. También se halla en otro cuaderno autógrafo del poeta que lleva por título *Ecos de mi lira* y tiene fecha de 1864.

Pero quiero arrancarte de mi pecho,  
preciosísima página escondida,  
y que vuelas cual hoja desprendida  
que robaron los vientos al ciprés.

Por demás está decir que este primer amor no es otro que el amor a la esposa, a la que, en el mismo año de su matrimonio, dirige su canto. Pero con una delicadeza suma, no le habla en segunda persona: le cuenta lo que ella sabe y siente:

Era una tarde de diciembre. Triste  
ya en el ocaso se ocultaba el día;  
la luna en el oriente aparecía;  
*ella* estaba paseando en su jardín.  
La vi, me vio... y desde aquel instante  
yo no he visto otros ojos como aquellos  
ni otros labios de púrpura más bellos.  
Yo no vi una mujer: vi un serafín.

Amor fulminante: *La vi, me vio...*

Recordemos ahora otra página del *Génesis*: *Non est bonum esse hominem solum; faciamus ei adiutorium simile sibi*. No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle compañera y ayudante semejante a él.

Sigue el poeta:

Yo iba marchando descarriado y solo,  
pensativo y extraño peregrino,  
y apareció esa luz en mi camino  
y esparció sobre mí su resplandor.  
"¡Es *ella*! ¡Es *ella*!", el corazón me dijo;  
y yo seguí sus solitarios pasos,  
y abrí mi corazón, y abrí mis brazos,  
y empapé mi existencia en su fulgor.

Fijaos en los requiebros que siguen. Son la más bella expresión de la ternura del amor cristiano. Son, traducidos a lenguaje de oro, los arrullos de la tórtola, que tantas veces había oído Epifanio en las tardes serenas:

Pura como el crepúsculo del día  
cuando las selvas y los campos dora,  
como la gota de ámbar que la aurora  
vierte en el cáliz de la virgen flor;  
dulce como la luz de la esperanza,  
bella como la antorcha de la noche,  
como la yedra al entreabrir su broche,  
como la rosa al despedir su olor.

*Ella* tiene del niño la inocencia,  
*ella* tiene del ángel la hermosura,  
*ella* es tan tierna, candorosa y pura  
como el cándido niño al sonreír.

Son sus ojos dos rayos de alegría,  
y ellos no saben que los amo y quiero,  
y ellos no saben que por ellos muero,  
y no saben que son mi porvenir.

Dos botones de rosa son sus labios,  
son sus mejillas de clavel y grana,  
su mirada el albor de la mañana,  
y su pálida frente es un jazmín.  
Tiene la timidez de la gacela,  
la pureza y candor de la paloma;  
cuando entreabre sus labios hay aroma  
porque brota el aliento de un jardín.

Señores: si el casto poeta del *Cantar de los cantares* tuviera que escribir en el siglo XX, con palabras y ritmos castellanos, yo no sé que pudiera hacer otras estrofas que las que habéis oído. Al llegar aquí el autor pierde su aplomo y se deja arrastrar por las más audaces ponderaciones, con algún pequeño decaimiento en la forma, porque era imposible que subiera más la inspiración.

Si el alba tiende entre las blancas nubes  
su virgen manto de coral y rosa,  
es porque roba a su mejilla hermosa  
púrpura y nácar, virginal color;  
si tras la larga y silenciosa noche  
el sol despierta en el rosado oriente,  
es por beber de su mirada ardiente  
rayos, y luz, y lampos, y fulgor.

Cuando me han abrasado sus miradas  
y he bebido en sus ojos mi consuelo,  
yo he creído mil veces que del cielo  
el ángel de la luz se desertó,  
que vino al mundo a iluminar la tierra,  
a regar en los campos la alegría,  
de un caos a animar la losa fría,  
la yerta losa do mi amor nació.

Es un hermoso relicario su alma,  
es un foco de luz su pensamiento,  
es un canto del Génesis su acento,  
y el arpa de David esa es su voz.  
Y yo adoro en silencio a aquella hermosa  
y tiemblo siempre cuando quiero hablarle,  
porque he creído que mi amor contarle  
es ofender un ángel de mi Dios.

Ved si puede darse amor más puro y respetuoso. Ved si no está aquí dignamente expresado ese santo amor conyugal que ha hecho noble y fuerte el hogar antioqueño, y que ahora quisieran sociólogos intonsos sustituir por experiencias froidianas.



Pero oigamos el bello final en que la inspiración vuelve a elevarse. El amante tímido no se atreve a hablar; ni es necesario: La amada lo adivina. Los corazones se entienden a través de las miradas:

Pero si es cierto que a los ojos sale  
del alma triste la secreta historia,  
*ella* debe saberse de memoria  
las hojas de mi triste corazón;  
*ella* debe saber que la idolatro,  
que es de mi noche la brillante luna,  
que es mi amor, mi esperanza, mi fortuna,  
mi fe, mi porvenir, mi religión.

Y nada importa que mi amor ignore;  
con haberla encontrado estoy contento,  
y soy feliz con escuchar su acento,  
y soy feliz con profesarle amor.  
Suspendida de mi alma está su imagen  
y brilla allí dentro del pecho mío,  
como brilla la gota de rocío  
sobre la mustia y olvidada flor.

El verdadero amor hace fuerte y dichoso al que lo siente. Por eso termina el poeta:

*Ella* le da vigor a mi existencia  
y amor al corazón y fuerza al alma,  
y hace que viva en apacible calma  
el tormentoso mar de mi pasión.  
¡Cándida luz de mi primer ventura!  
¡Rosa bendita de mi amor primero!  
Tú regaste de aromas mi sendero;  
yo te doy un altar: mi corazón.

He aquí, señores, una obra maestra que recogerán todas las antologías de líricos antioqueños. Viva y casta pasión, amor reconcentrado y acendrado, entusiasmo que bulle en el alma y que rompe al fin la valla del silencio en que había querido encerrarlo el poeta:

Vengo, señora, en tu precioso libro  
a derramar mi corazón entero.

Efusión lírica admirable que deja, como aquella otra efusión del perfume evangélico, llena nuestra casa solariéga del olor de tan precioso unguento.

*La vi, me vio...* Esa mirada de la mujer escogida aflora aquí y allá por toda la obra de Epifanio.

Anterior al gran desbordamiento lírico que acabamos de escuchar es la composición *A Pepita*, probablemente la primera que escribió a su novia, pues está fechada en 1857. En ella leemos:

He visto en lindos prados  
bellísimos jardines,  
y en ellos los jazmines  
queriendo despuntar.  
He visto entre las flores  
doradas mariposas  
libando de las rosas  
el cáliz virginal.

Y a orillas del riachuelo  
que rueda correntoso,  
lamiendo presuroso  
las hojas al pasar,

he visto las bandadas  
de alegres ruiseñores,  
cantando sus amores  
con tono angelical.

Inmensos panoramas  
mis ojos han mirado,  
mas nada me ha llenado  
de encanto el corazón,  
como al mirar tus ojos,  
angelical Pepita,  
como al mirar, Anita,  
la aurora de tu sol.

Pocos meses antes de su matrimonio dedica el poeta a su novia, en su cumpleaños, otra composición en que se ve trasparente la pureza y elevación de su amor. Se queja de que no hayan nacido hermanos porque así se hubieran conocido y amado desde niños, y concluye:

Si tú no fuiste a mi paterna casa,  
si a tu casa tampoco vine yo,  
Dios que me crió para adorarte siempre  
el camino más tarde me enseñó.

Te vi, me viste... Te adoré, me amaste...  
¡Bendita sea la hora en que te vi!  
¡Y bendito también aquel instante  
en que me amaste y te adoré yo a ti!

Otro canto titulado *A Anita*, y que debe corresponder a los tiempos de su mayor felicidad, cuando el poeta prevé que está cerca ya la tarde (¡ay! cuán cerca y cuán larga y cuán oscura no lo preveía!), vuelve a recordar la mirada de fuego de su amada:

Es la mañana luz de ventura;  
el medio día, fuego de amor;  
la tarde, ocaso de la ternura;  
la noche, luto del corazón.

Pasa la aurora con su frescura,  
el medio día con su esplendor,  
llega la tarde con su tristura,  
la noche llega con su crespón.

Fue tu sonrisa la aurora mía;  
fue tu mirada mi ardiente sol.  
¡No tenga tarde nuestra alegría!  
¡No tenga noche nuestra pasión!

¡No pases nunca, sonrisa mía!  
¡No pases nunca, fuego de amor!  
¡Tarde, no llegues con tu agonía!  
¡Noche, no enlutes tanta ilusión!

*A una mariposa* recomienda el poeta muy seriamente que si va al aposento de su amada, y la encuentra dormida, no la despierte; y entre las advertencias que le hace, una es ésta, que suena como un aviso de "peligro de muerte":

Y son sus ojos como dos hogueras;  
 con el brillo no más de sus miradas  
 se quemarán tus alas perfumadas  
 cual se quemó mi corazón allí.

La ternura del poeta no es egoísta ni se termina en su hogar. Las ondas que de ella brotan se difunden concéntricas, y encuentran en primer lugar el sector de la amistad.

No tenemos tiempo para analizar las composiciones que la amistad le inspira. La lista de ellas es la más numerosa en la clasificación de sus poesías. Allí hallamos los nombres de Vergara y Vergara, Ricardo Carrasquilla, Juan José Botero, Basiliso Tirado, y sobre todo, con simpática reincidencia, a Gregorio Gutiérrez González.

En su modestia se consideraba Epifanio como un enano al lado de Gregorio:

El solitario ciervo de los montes  
 no puede como el águila volar,  
 ni se eleva tampoco como el roble  
 el triste arbusto que a su sombra está.

(A Gregorio.)

Cuando Vergara y Vergara publicó como de Gutiérrez González la *Historia de una tarde*, Epifanio la reclamó con estas seguidillas:

<p>"La historia de una tarde",          marchita hoja          que escapóse de mi alma          como una sombra,          en "El parnaso"          coronada de perlas          la vi vagando...</p>	<p>Escúchame, poeta          de "Casa Blanca":          el ciprés de los campos          sus hojas ama...          Mi hoja perdida          la idolatro en el alma;          ¡dame mi hija!</p>
---	---

Pero Gregorio se opuso diciendo:

<p>"La historia de una tarde",          niña botada          sin arrimo y sin nombre,          huérfana estaba.          Huérfana estaba;          yo la adopté por hija          viéndola en casa.</p>	<p>En unión de mis versos          está contenta;          ¡y ellos la quieren tanto!...          no la devuelvas.          No la devuelvas,          que sus pobres hermanas          mueren de pena.</p>
---	--

Entonces Epifanio apeló al brazo fuerte de Ricardo Carrasquilla:

Como infeliz enano  
 en medio de pirámides hundido,  
 así, ni más ni menos,  
 entre Antíoco y Vergara estoy metido.

(También las seguidillas  
 que fueron a la casa de Vergara

quedaron prisioneras...  
 ¡Si alguno en Bogotá las libertara!

Ricardo tú, Ricardo,  
 que has gemido entre zarzos prisionero:  
 ¿darás la mano al pobre  
 que gime entre pirámides de acero?

Yo, con tu fuerte ayuda,  
 mis hijos inocentes rescatara,  
 tomando a fuego y sangre  
 los castillos de Antíoco y Vergara.

Antíoco era el apodo cariñoso que daban a Gregorio sus amigos bogotanos. Carrasquilla a su vez contesta con una sentencia salomónica, en que pone a Epifanio a la misma altura que a su paisano Gregorio:

Es fuerza, amigo Mejía,  
 que gastes menos primor,  
 si quieres ser el autor  
 de tu propia poesía.  
 Porque es sobrada osadía,  
 audacia que tienen pocos,  
 empresa propia de locos,  
 pretender, siendo tan raros,  
 que haya en Colombia dos Caros  
 o siquiera dos Antíocos.

Entre los cantos de la amistad figuran varios de los que llamaban los griegos "epitalamios", notas con que el poeta canta la felicidad de los esposos en el día de sus bodas. Entre ellos hay una joya que llega a las alturas de la perfección artística. Impropiamente se titula *Serenata*. Propiamente es un diálogo nupcial.

Dice el esposo:

Dulce noche de amor, noche serena,  
 vuestros pálidos astros encended.  
 Hay dos ojos que brillan con tristeza...  
 ¡Alumbrad! ¡Alumbrad! los quiero ver.  
 Apoyada en mi brazo, amada mía,  
 al campo del amor vas a seguir.  
 ¡Flores, flores, guardad vuestras espinas,  
 y aromas en los vientos esparcid!

Y la esposa contesta:

Dulce noche de amor, noche serena,  
 vuestros pálidos astros apagad.  
 Hay dos ojos que brillan con terneza...  
 A la luz o a la sombra los sé amar.  
 Apoyada en tu brazo, amado mío,  
 al campo del amor voy a seguir

¡Oh rosales, guardad vuestras espinas,  
y aromas en los vientos esparcid!

Otro aspecto de la inagotable benevolencia del poeta para con sus amigos son sus cantos fúnebres. Lloró su lira en largos cantos o en estrofas breves la muerte de sus amigos. Por este poético obituario desfilan los obispos antioqueños Isaza y Riaño, el gran gobernador Pedro Justo Berrío, los poetas Vergara y Vergara, Basiliso Tirado, Gutiérrez González y otros seres queridos del poeta.

Las más extensas de estas elegías son las dedicadas a Vergara y Vergara, Basiliso Tirado y Luis María Gaviria. A esta última pertenecen las siguientes bellísimas estrofas que envidiara con razón el cantor de Julia.

¡Qué pronto te perdí, mi dulce amigo!  
Te conocí para decirte adiós...  
Te conocí para enlutar mi vida...  
Te conocí para llorarle yo...

Como se enlazan dos amantes yedras  
al trepar por un áspero peñón,  
así tu vida se enlazó a la mía...  
tu corazón se unió a mi corazón.

La estrofa siguiente confirma lo que decíamos arriba: que las tristezas del poeta habían sido pasajero fenómeno de su niñez:

Lloremos, pues, y el obstruído cauce  
por do corrió mi llanto en la niñez  
vuélvase a abrir, que necesito espacio  
para dejar mis lágrimas correr.

### III

Con razón, pues, podemos llamar a Epifanio el poeta de la ternura; o desdoblado este concepto, el poeta del hogar y el poeta de la amistad. Pero también es el poeta de la naturaleza.

No temáis, señores, que me vaya yo a extender en esta parte como lo he hecho hasta ahora. Es la porción más conocida de la obra del poeta. Me bastará recordar algunos títulos para que todos vosotros veáis surgir como por encanto, a la evocación del vate, la belleza del paisaje de nuestras montañas. *La ceiba de Junín*, *Los dos rivales* (Guadalupe y Tequendama), *Quiere amanecer*, *Más allá de Santa Rosa* y otros muchos poemitas que ya en parte hemos citado, bastan para formar la más bella decoración; pero decoración no muerta sino llena de vida, en la cual se sienten todos los susurros de la selva, en la cual se aspiran todos los aromas de la campiña, en la cual aparece de repente con vivos colores la escena de la muerte del novillo; a través de la cual,

alegre, cantando *monos*,  
sigue su marcha el arriero,  
camino de la quebrada  
que queda abajo del pueblo.

El alma de Epifanio es un maravilloso resumen de todas las bellezas, de todos los perfumes, de todos los rumores, de toda la actividad de las montañas antioqueñas. Precisamente su encanto y su popularidad se cifran en todos sus cinco sentidos, con toda su fina sensibilidad y con toda su alma se pone en contacto con la naturaleza y la refleja con nitidez admirable en toda la variedad de sus tonos y matices.

Recordad la más popular de sus composiciones, *La historia de una tórtola*, y veréis cómo se ponen en juego todos vuestros sentidos, y cómo vibra toda vuestra sensibilidad:

Joven aún, entre las verdes ramas,  
de secas pajas fabricó su nido;  
la vio la noche calentar sus huevos,  
la vio la aurora acariciar sus hijos.

Batió las alas y cruzó el espacio,  
buscó alimento en los lejanos riscos,  
trajo de frutas la garganta llena,  
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...  
¡y sin embargo disparó su tiro!  
Ella, la pobre, en su agonía de muerte,  
abrió las alas y cubrió a sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo  
su compañero en el laurel vecino;  
cuando la aurora apareció en el cielo  
bañó de perlas el hogar ya frío.

Aun a riesgo de ajar la frescura de este cuadro tan vivo y tan triste, permitidme que os haga notar la variedad de sus imágenes. Imágenes visuales: el nido en las ramas, la madre feliz, la noche, la aurora, el cazador y la paloma muerta. Imágenes auditivas: el batir de las alas, los arrullos para despertar a los polluelos, el tiro que atruena la selva, los gemidos lastimeros que dejó oír toda la noche el compañero en el laurel vecino. Imágenes del tacto:

de *secas pajas* fabricó su nido;  
la vio la noche *calentar* sus huevos;  
la vio la aurora *acariciar* sus hijos;  
*bañó* de perlas el hogar ya frío.

Imágenes del gusto:

trajo de frutas la garganta llena.

Imágenes de movimiento... ¡Pero si toda la composición es un vibrar de la vida en contraposición trágica con el silencio de la muerte!

Sumad a toda esta riqueza de imágenes los vivos contrastes que en el cuadro resaltan: las verdes ramas y las secas pajas; la noche y la aurora; la dicha de la madre y la crueldad del cazador; los hijos hambrientos y la madre muerta; el silencio de la noche y los gemidos del triste compañero. Juntad a eso la dulcísima armonía de las estrofas que fluyen sin tropiezo como son de zampoña campesina. Añadid el hondo sentimiento del poeta que contagia al lector irresistiblemente, y poned ese final de mano maestra:

cuando la aurora apareció en en el cielo  
bañó de perlas el hogar ya frío,

final perfecto en que imágenes, contrastes, sentimiento y armonía se dan la mano para producir una emoción estética que llega a lo sublime, y entenderéis por qué esa pequeña poesía es tan popular, por qué el que la oye una vez no puede olvidarla nunca. El que ha pintado ese cuadro no es un artista cualquiera: pertenece a la categoría de los pocos mortales que pueden llamarse videntes, inspirados, genios del arte, venidos a la tierra para hacer sentir a los hombres la belleza.

La imagen de la paloma con su nido y con su arrullo es una de las de mayor potencialidad en el mundo poético donde se mueve la musa de Epifanio. A cada momento se abre paso:

Como cubre la tórtola su nido  
de secas pajas con ardiente afán,  
la caridad con sus benditas alas  
cubre del pobre el solitario hogar.

(*La Caridad.*)

Como tiende la tórtola el vuelo,  
de su nido a distante región,  
tú a la tierra bajaste del cielo,  
blanca niña, perfume de Dios.

(*A una niña.*)

Yo soy como la tórtola del valle  
que, ausente de su amor, cantando llora;  
paloma de los verdes arrayanes  
que por su nido y por su amor solloza.

(*Improvisación en el manicomio.*)

Finalmente, Epifanio, que era muy aficionado a los temas bíblicos tituló su poema sobre el diluvio sencillamente: *La paloma del arca*, y en ella dedicó las siguientes bellísimas estrofas. Después de relatar cómo los animales todos al salir del arca se dispersan por la tierra, añade:

¡Ved la paloma! En el vecino bosque  
llena su pico de menudas pajas,  
y en la ventana de la blanca nave  
arma su nido y sus polluelos saca.

Mientras las aves compañeras tuyas  
huyen y dejan para siempre el arca,  
ella se queda acompañando al hombre  
en la desierta, terrenal morada.

Triste es su arrullo: su doliente arrullo  
es una queja agonizante y larga;  
pero consuela al corazón que sufre,  
porque de quejas se alimenta el alma.

Sea esta la ocasión de advertir que fuera de los poemas bíblicos *Adán y Eva*, inédito e inconcluso, *La torre de Babel*, *La paloma del arca*, y fuera también de cuatro canciones a la Virgen María, Epifanio no trató nunca temas religiosos. Y sin embargo, apenas habrá artista cuya obra esté más impregnada de religiosidad. Para él no era la religión cosa aparte, sino el alma de toda la vida. Veía a Dios en la naturaleza sin esfuerzo. Sentía la mano de la Providencia en todos los sucesos prósperos o adversos, y descansaba tranquilo en la esperanza cristiana:

En el corazón del justo  
hay una flor: la esperanza;  
en la flor hay un perfume  
y en el perfume está el alma.

Cuando el corazón fallece,  
triste la flor se deshoja,  
vuela el perfume a los vientos  
y el alma vuela a la gloria.

#### IV

*Amelia* merece capítulo aparte en el estudio de la obra de Epifanio; y no porque en este poema no se hallen todas las cualidades que hemos estudiado hasta ahora: ternura, amor del hogar, expresión viva de la naturaleza, sino porque en él, por única vez, quiso ensayar el poeta un género nuevo: la leyenda.

Consta de tres partes publicadas en los años de 1867, 1868 y 1869, mientras vivía el poeta en Medellín. En 1871 volvió a su finca de El Caunce, como recordábamos arriba, y es fama que en estos años salía con frecuencia de la casa al caer de la tarde, y se dirigía solo a la vecina quebrada. Allí se inspiraba leyendo la Biblia, y dejaba vagar su imaginación siguiendo con la vista los copos de espuma arrasados por las ondas o las hojas arrebatadas por el viento. Volvía tarde, y cada vez más tarde a casa, y escribía entonces lo que llevaba ya plasmado en el cerebro. Dizque así concluyó su poema que nunca llegó a publicarse completo y cuyos manuscritos se perdieron. Cuentan que una de esas tardes alguno de sus familiares lo siguió caute-losamente y vio que se entretenía en las orillas del río hablando con las ondas y con los copos de espuma. Y juzgaron después que ahí ha-



bía empezado su locura; como si los poetas no tuvieran privilegio para entender el lenguaje de las cosas y para platicar con ellas.

Los dos primeros capítulos que de *Amelia* se conservan, tienen ilación perfecta. El tercero está tan desligado de los anteriores, que si no fuera porque alude, aunque muy de paso, al mismo escenario y a los mismos personajes, pasaría por una leyenda del todo independiente. En ella se narra el tardío arrepentimiento de una madre desnaturalizada que, habiendo abandonado una hijita suya en una cueva, cuando arrepentida volvió a buscarla halló que había sido devorada por los leones.

Entonces dando un grito  
largo y agudo, aterrador, violento,  
como volcán que estalla  
y arroja al aire el comprimido aliento,

las manos levantadas,  
y suelta la flotante cabellera,  
con rancos alaridos  
partió a correr como feroz pantera.

La vio la luz del día  
atravesar por campos y ciudades;  
la luz de las estrellas,  
por lejanas y tristes soledades.

La luna, que una noche  
apareció de sangre salpicada,  
la vio sobre los Andes,  
a la sombra de un roble desmayada.

En la primera parte se cuenta sin preámbulos la tragedia de Carlos, el novio de Amelia, el cual, queriendo atravesar a caballo en medio de espantosa borrasca un crecido torrente para visitar a su amada, que estaba allí, al otro lado del río, desapareció arrebatado por las ondas. Amelia entonces corre en su busca, arrastrada por la desesperación, de playa en playa.

La segunda parte es todavía más dramática. La madre de Amelia sale a buscarla por un lado del río, mientras por el otro busca a Carlos su padre, anciano de ochenta años. Encuentra sólo el fúnebre cortejo de unos mozos que suben al pueblo con el cadáver del ahogado. Entretanto, allá muy lejos,

Parada en la cumbre de altísima roca,  
la joven amante llorando se ve;  
parece de Safo la Pálida sombra...  
del salto el abismo contempla a sus pies.

¡Mi Carlos! ¡Mi Carlos! les grita a los vientos,  
que pasan llevando su lánguida voz...  
Responde a su queja, del río al estruendo,  
el canto agorero del triste guacó.

Inclina al abismo su rubia cabeza,  
y asoma a sus ojos, velando el azul,  
corriente de puras y líquidas perlas  
que brillan cayendo cual rayo de luz.

Sigue esta segunda parte con la detallada relación del entierro del desgraciado joven:

Resuena en la iglesia del órgano santo  
la voz cadenciosa, la armónica voz;  
y cantos de muerte, resuenan poblando  
de tristes acentos la casa de Dios.

En el cementerio han rezado los ministros sagrados las últimas preces y todo queda en silencio.

Al borde del hoyo, sentado en la tierra,  
el padre de Carlos inmóvil está;  
parece de mármol su blanca cabeza;  
las lágrimas ruedan bañando su faz.

Resbala la tierra llenando la fosa...  
(Ya tiende la noche su negro crespón.)  
Las viejas campanas anuncian la hora  
que llama a los fieles al templo de Dios.

Tal es el trunco argumento de la leyenda *Amelia*. Si se considera que la primera parte se publicó en 1867, cuando el poeta estaba en todo el vigor de su salud y en el fecundo período de su producción poética, y que en más de diez años no llegó a estar la leyenda terminada, concluiremos que no era éste el terreno propio de Epifanio. El no era un novelista: era un pintor. Supo, sin embargo, dar extraordinario interés a los fragmentos de su leyenda, y los pulió cuidadosamente cual si fuera un poeta parnasiano. Oíd, por ejemplo, la escena del paso del río, a la vista de Amelia que espera al galán en la otra orilla:

El potro galopando  
ligero al río llega;  
pero al pisar la orilla,  
con rapidez voltea.

Las aguas van crecidas...  
y turbias y revueltas  
las encrespadas ondas  
sobre la playa ruedan.

El atrevido joven  
al noble bruto fuerza,  
y a la corriente turbia  
precipitarlo intenta.

En rápidos corcovos  
y en ágiles carreras,  
y dando resoplidos,  
el potro salta y vuela.

El látigo rechina  
sobre sus ancas tersas;  
se tiñen los ijares  
de rojas, lacres hebras.

Los ojos del mancebo  
de cólera se impregnan...  
De abrillantada lluvia  
los de la pobre Amelia.

Al fin en listos vuelos,  
cual ágil, loca fiera,  
el bruto va a las ondas  
abriendo campo en ellas.

Los ecos de dos gritos  
se juntan en la vega...  
¡Adioses que dos almas  
se dan sobre la tierra!

¿Quién es aquella virgen  
que va por la ribera  
como visión que huye,  
como ilusión que vuela?

Al viento va el cabello,  
el blanco traje ondea,  
la sonrosada planta  
la grama mueve apenas.

Parece de los montes  
selvática nereida  
que busca las espumas  
para mojar sus trenzas.

Como enlazados cuerpos  
que sin cesar voltean,  
por el revuelto río  
jinete y potro ruedan.

¡Adiós! Al pobre joven  
faltáronle las fuerzas...  
Las ondas lo sumergen,  
las ondas se lo llevan...

El potro, libre y solo,  
moviendo las orejas,  
soplando la corriente  
con la nariz abierta,

el anca sumergida  
y alzando la cabeza,  
cortando el oleaje  
llegó a la orilla opuesta.

¡Miradlo cómo pisa  
las pálidas arenas!  
Las crines sacudiendo  
¡miradlo cómo tiemblal

No hay astros en el cielo,  
oscura está la tierra;  
aquí y allá brillando  
cual lámparas viajeras,  
asoman los cocuyos  
sus vívidas linternas.

Con lastimero acento,  
con desgarrante pena,  
aúllan tristemente  
los perros en la sierra.

Un ¡ay! lejano y triste,  
un ¡ay! que el viento lleva  
por el sombrío campo,  
de rato en rato suena;  
de playa en playa gime  
con clamorosa queja,  
como el postrer sollozo  
de lira que se quiebra.

La relación no puede ser más viva y más rápida. Recuerda al duque de Rivas. Indudablemente, Epifanio tenía también madera de narrador. Pero talvez no acertaba a urdir con precisión una trama completa.

## V

Señoras y señores: yo os siento fatigados con mi larga exposición, pero os ruego que tengáis paciencia aún por cinco minutos, porque os tengo reservada una sorpresa final. No exagero si digo que hasta hoy no se ha conocido sino la mitad de la personalidad artística de Epifanio. Se le conocía como lírico. Sus obras inéditas, que sus hijas guardan con veneración, y que han tenido a bien franquearme, lo revelan también como poeta épico de Antioquia.

El poema épico es algo que brota de las entrañas del pueblo, en tiempos de gestas heroicas; es algo espontáneo, incorrecto, desigual como las vicisitudes de la guerra, rápido a veces como tormentoso río, otras veces lánguido como tranquilo remanso.

Es lástima que la ocasión en que cantó nuestro Homero no hubiera estado a la altura del poeta. Aunque quién sabe: con el tiempo Antioquia será grande, y entonces adquirirán relieve e importancia

estos episodios que hoy se nos hacen pequeños. No son los hechos los que hacen grande al poeta; es el poeta, muchas veces, quien da su grandeza a los hechos.

“Hubo en la antigüedad —dice Emil Ludwig— una miserable fortaleza parecida a centenares de otras, situada no lejos del Helesponto, a la que gobernaban y atacaban una especie de caballeros salteadores que se arrogaban el título de reyes. Estaba destinada a caer en el olvido lo mismo que todos los combates a raíz de los cuales pasaba de mano en mano. Pero apareció un poeta que reunió todas esas anécdotas; de esos encuentros sangrientos en que combatían unos cuantos miles de hombres, hizo una serie de luchas heroicas. Eligió de entre un sin fin de guerras a ésta y le prestó su carácter peculiar; de la miserable fortaleza hizo la ciudad de Troya, y pobló la fantasía de los hombres de imágenes y de actos heroicos que sólo gracias a su arte llegaron a ser legendarios e inmortales.”

¡Quién sabe si con el tiempo llegarán también a ser legendarios e inmortales los episodios que canta Epifanio en su poema!

Mayor lástima es que no hubiera tenido nuestro vate por motivo una gesta como la del Cid, en que chocaron razas y pueblos, o siquiera la guerra de nuestra independencia, sino una guerra civil, lo que empequeñece su argumento y hace que los lectores se sientan talvez aludidos con las invectivas del poeta, y no puedan gozar con serenidad absoluta de ese torrente de belleza. Pero no; setenta años han pasado desde aquellos luctuosos días, y aunque los nombres de nuestros partidos perduren todavía, ellos están profundamente transformados. Nadie concibe hoy que en nombre de un partido colombiano (no digo nada de la Internacional Comunista) se tiranicen las conciencias, se persiga a los sacerdotes y sean arrojadas por la fuerza de sus casas de oración las esposas de Cristo. Ese fue, sin embargo, el espectáculo que tuvo que sufrir Antioquia en 1863. Ese fue el espectáculo que armó a sus hijos contra la tiranía. Ese fue el espectáculo que encendió en Epifanio el numen de la epopeya, así como había hecho vibrar su alma lírica en las encendidas estrofas de la *Historia de una tarde*.

No hay que olvidar tampoco que en aquella época de los estados federales, la guerra de Antioquia se consideraba como defensa del propio territorio contra invasores extraños, ya que no extranjeros. Coged, pues, un catalejo invertido para que veáis esos sucesos más lejos aún en el tiempo y la distancia. O haced cuenta que vivís en el año 3000, y que vais a escuchar un episodio de la cuna de nuestra nacionalidad.

*Antioquia o la mano de Dios* se titula el poema, y está precedido de una dedicatoria en verso al señor Fortis Mejía, fechada el 10 de abril de 1864. No es muy poética pero sí muy sentida:

Escúchame cantar, mi dulce amigo.  
Te debo gratitud, amor te debo.  
Amor te pago con amor profundo.  
La santa gratitud no tiene precio.

Niño, supiste aconsejarme un día;  
 joven, me abriste el porvenir que tengo;  
 el joven te agradece la carrera;  
 el niño te bendice los consejos.

Un prólogo describe el valle y la ciudad de Medellín, con detalles propios de los poetas que cantan en la infancia de los pueblos:

En su plaza empedrada hay una pila,  
 y es de fino metal, con cerco negro,  
 y por muchas gargantas brota el agua  
 que se agita saltando entre su seno,  
 y a su pie con las alas entreabiertas  
 cuatro buitres marinos hay suspensos.

Y en su plaza rodeada de balcones  
 se levanta la cúpula de un templo;  
 cuando el sol en oriente se despierta  
 y sacude en la cumbre sus cabellos,  
 de su torre elevada, cual fantasma,  
 una pálida sombra cae lejos.

Al terminar la descripción de la villa, entra el poeta de lleno en su argumento:

Hay tiranos también en esa tierra;  
 y el terror es allí cual lago inmenso  
 que, al caerle un peñasco de la cumbre,  
 se agita salpicando los extremos.  
 Y hay oriente, y oeste, y sur, y norte  
 tras las altas montañas de ese suelo;  
 y el terror que se agita enfurecido  
 baña el círculo inmenso de cien pueblos;  
 y los negros vapores que levanta  
 salpican hasta el palio de los cielos.

Rasgo de este poema es el fragmento titulado *Fechas*:

(1863 — Diciembre 7)

Sonó la tempestad... En toda Antioquia  
 se va a agitar de la discordia el viento...  
 Ya el "Sur" rugió sobre sus verdes cumbres  
 y el "Sur" en masa lanzarase al "Centro".

(1863 — Diciembre 9)

Rugió la tempestad... La esclava gente  
 al fin sacude sus pesados hierros...  
 El "Sur" bramó, y al escucharlo "Oriente"  
 bramó también y marcharán al "Centro".

(1863 — Diciembre 13)

Bramó la tempestad... De la tormenta  
 los espantosos y terribles ecos  
 fueron al "Norte", y el potente "Norte"  
 bramó también y lanzarase al "Centro".

(1863 — Diciembre 20)

Sólo "Occidente" permanece mudo,  
como ancha tumba en funeral silencio.  
Quédese así para que "Oriente" y "Norte"  
y "Sur" le lleven el cadáver "Centro".

El fragmento siguiente lleva el título *Y si hay guerra y no hay paz*. Es más bien un fragmento lírico en que se pintan con vivos colores las vejaciones que sufrían las religiosas en sus conventos.

Ya al tratar de la leyenda *Amelia* notamos la poca habilidad de Epifanio para una trama completa. No tenía talento arquitectónico. Ese es también el defecto de esta epopeya, en la que falta la armonía y coordinación de las distintas partes. Al llegar a este punto, por ejemplo, hallamos un nuevo título: *La retirada de los héroes*. Por *Emilio*. Diciembre 28 de 1863. (*Emilio* era conocido seudónimo de Epifanio.)

Este, probablemente, fue su plan primitivo, y lo realizó por completo, narrando con viveza y entusiasmo aquella campaña del doctor Berrío (grande en la paz y valiente en la guerra), que empezó con un avance hasta el Venteadero en las puertas de Medellín, siguió con una retirada muy hábil y estratégica, y terminó con la sorpresiva toma de Yarumal el 2 de enero de 1864.

Entre los papeles de Epifanio hay una carta en verso de Pedro Aníbal Isaza (Pedralvi), de 8 de enero de 1865, en la que éste anima al poeta a continuar su obra, cantando también la campaña de oriente, que culminó con la batalla de Cascajo, la muerte del gallardo gobernador don Pascual Bravo y la entrada de los restauradores en la capital del estado.

Probablemente por seguir esta indicación, Epifanio cambió el título a su poema para abarcar más, y lo dejó inconcluso.

Mejor hará en adelante la crítica en volver las cosas a sus primitivas proporciones, y en considerar como obra aparte y acabada este canto épico de *La retirada de los héroes*.

Se trata, como se ve, de un pequeño rasgo de nuestras luchas civiles, pero en él se descubre la garra del león, y tal, que piensa uno que Epifanio nació fuera de su tiempo, y que hubiera sido el poeta indicado para cantar la epopeya de nuestra libertad.

Pinta el poeta la salida de las tropas que van a atacar a los antioqueños en el Venteadero, e intercala de repente el siguiente *Canto de los hijos del norte*, en el que vibra, entre rugidos de león y redoble de tambores, toda el ansia de libertad y toda la decisión guerrera de una raza vigorosa.

#### CORO

Nacimos libres, moriremos libres;  
no queremos cadenas ni opresión;  
nuestros hijos jamás serán esclavos;  
nuestra tierra es el nido del condor.

Marchemos al combate, ciudadanos,  
*marchad... marchad... marchad...*  
 Donde veamos despóticos tiranos  
*volad... volad... volad...*

CORO

Nacimos libres, moriremos libres;  
 nuestra tierra es el nido del condor;  
 nuestros hijos jamás serán esclavos;  
 no queremos cadenas ni opresión.

Sigamos al combate, ciudadanos,  
*seguid... seguid... seguid...*  
 Donde hallemos despóticos tiranos  
*herid... herid... herid...*

CORO

Nacimos libres, moriremos libres,  
 no queremos cadenas ni opresión;  
 nuestros hijos jamás serán esclavos;  
 nuestra tierra es el nido del condor.

Llegamos al combate, ciudadanos,  
*llegad... llegad... llegad...*  
 Ya encontramos despóticos tiranos,  
*volad... volad... volad...*

CORO

Nacimos libres, moriremos libres,  
 nuestra tierra es el nido del condor;  
 nuestros hijos no quieren ser esclavos;  
 ¡volemós a romper esa opresión!

Describe así el poeta a los héroes del norte:

Leones nacidos en la libre selva,  
 ellos no saben arrastrar los hierros,  
 y antes que verse entre macizas jaulas  
 todos prefieren perecer primero.

Apostrofa después a Medellín con estos clamores:

¡Medellín, Medellín!, altiva reina  
 de este que llaman colombiano suelo:  
 tejed coronas y alistad mortajas  
 porque vienen del norte los guerreros...

Los que han nacido para siempre libres  
 no se acostumbran a arrastrar los hierros,  
 porque la ley de la opresión gravita  
 sólo en esclavos y en serviles pechos.

El poema sigue en sus capítulos el curso del sol con grandiosidad digna de los hechos magnos de la historia: *La tarde, La noche, El día, El día o Santa Rosa*.

Siguen después divisiones geográficas: *Cuivá, Buenavista, El Rin*, y después alternan unas y otras: *Año nuevo, Santa Teresa, Yarumal*.

Una sola muestra os voy a dar del nuevo estilo épico de que hace gala Epifanio en este poema hasta hoy desconocido. Es el 2 de enero. Berrío, burlando la vigilancia de los invasores, sale de Angostura y se dirige cautelosamente a Yarumal. Se dan cuenta del peligro por fin los milicianos acantonados en aquella plaza, y acuden a detener a los hijos del norte. Se trata la batalla. Y ahora oíd al poeta, y veréis que la manera de describir, apoyándose en una comparación vigorosa y fielmente seguida, es digna de los mejores maestros de la epopeya:

Como un río que rueda por un cauce  
 encajonado entre peñascos negros,  
 que rueda con furor, y de repente  
 un enorme peñón le cae al centro,  
 y lo detiene... y las furiosas aguas  
 se estrellan un instante contra el lleno,  
 y vuelven hacia atrás... y otras llegando  
 las vuelven a empujar, y tiembla el cerro,  
 y las olas se chocan, y levantan  
 remolinos de espumas, y rugiendo  
 se golpean, se agitan, se atropellan,  
 y rompen de repente mil senderos,  
 y se lanzan con ímpetu bramando,  
 y atropellan y arrastran con estruendo  
 cuanto quiere oponerse a su carrera,  
 cuanto quiere cortar su inmenso vuelo,  
 tal la fuerza del norte... Su cabeza  
 se lanza en pelotón por un sendero  
 y corre con furor; y de repente  
 se encuentra a su enemigo pecho a pecho,  
 y se lanza a estrellarlo, y él, terrible,  
 detiene su furor, y suena el hierro,  
 y resbala la espada entre la carne,  
 y traquea la lanza entre los huesos,  
 y la sangre revienta en borbotones,  
 y se estrellan los cráneos contra el suelo.

Y los hijos del norte retroceden,  
 y vacilan y tiemblan un momento...  
 y otras fuerzas llegando los empujan,  
 y vuelven a batirse pecho a pecho,  
 y se chocan las armas, y la sangre  
 se derrama otra vez, y entre humo espeso,  
 y entre pólvora y lanzas y metralla,  
 la vida se desprende de los cuerpos;



..... (1)

Y la muerte se agita, y suena el hierro,  
y las fuerzas se chocan y se estrellan  
y vuelven a estrellarse y... tiembla el suelo...  
Y la tropa del norte de repente  
abre y rompe con furia mil senderos,  
y se lanza por calles y veredas,  
y atropella con furia, con estruendo,  
cuanto quiere oponerse a su carrera,  
cuanto quiere cortar su inmenso vuelo...

.....

¡Yarumal, Yarumal! sobre tus calles  
hay regueros de sangre... los pertrechos  
derramados están...; sobre las piedras  
los heridos se arrastran entre muertos.

Señores: Antioquia debe sentirse orgullosa de tener uno de los raros poetas épicos de América, y un vate de la guerra, émulo de Tirteo, el que con sus cantos inflamaba las tropas espartanas.

Y ahora veréis que no es brote aislado de su musa aquel vibrante *Canto del antioqueño*, que ojalá, adoptado por la patria grande, pudiera convertirse en canto insuperable del colombiano celoso de su libertad:

Nací sobre una montaña;  
mi dulce madre me cuenta  
que el sol alumbró mi cuna  
sobre una pelada sierra...

Señores: Antioquia no ha hecho justicia todavía a este vate suyo, nacido de la entraña de su raza, y que es la personificación más perfecta de las virtudes de su pueblo. El antioqueño es tal como lo hemos visto en la obra de Epifanio: tierno y laborioso en la paz, pero terrible e indomable en el campo de batalla. De un antioqueño fue aquella nueva voz de mando que asombró al mundo en Ayacucho: *¡Paso de vencedores!* Y esa es la voz que ha de dirigir en paz y en guerra todas las empresas de este pueblo de heroico pasado, de vigoroso presente y de inmenso porvenir (2).

(1) Falta aquí un verso, pero así está el original, de letra del poeta.

(2) Con el título de *Obras completas* aparecieron en mayo de 1939 las poesías de Epifanio Mejía, según los manuscritos originales, en la edición crítica dirigida, a nombre de la Academia Colombiana y de la Gobernación de Antioquia, por el padre Félix Restrepo. (Nota de la Academia.)